

IRIS





EPILOGO DE UNA HISTORIA

Faltaban pocos minutos para que saliera el tren expreso de Madrid á Barcelona; los viajeros ocupaban sus asientos; los últimos equipajes eran echados precipitadamente en el furgón; los mozos cerraban las portezuelas de los coches frente á los cuales se apiñaban los que iban á despedir á los viajeros; al fin sonó el pito, se estremeció el monstruo de hierro y arrancó el tren como una calle con ruedas envuelta en humo deslizando sobre las interminables vías que señalaban su ruta. En uno de los departamentos de cierto coche de primera, estaban frente á frente sentados, cubiertos de pieles y provistos de gafas, un viejo y una anciana que el que menos de ellos contaba más de sesenta años bien cumplidos.

El era alto, delgado, enjuto; su carne momia se ceñía tan ajustadamente á los huesos, que iba delatando su interior arquitectura; sus ojos grises hundidos entre círculos de arrugas, tenían un pálido fulgor como rescolado de pasada hoguera; su nariz era fuerte y de anchas ventanas como signo de energía y su boca desdentada, como herida abierta en un cadáver, estaba mal velada con un bigote de reicos pelos blancos orlado de amarillo por la nicotina del tabaco. En conjunto parecía nuestro hombre uno de esos árboles que seca el hielo porque todo era en él frío, enjuto, estirado, anguloso, lleno de rigideces y de arrugas. Ella parecía todo lo contrario; era una de estas viejas rechonchas, blandas y carnosas que parecen fruta pasada á fuerza de madura. Su pelo ceniciento con golpes de crepé y añadiduras artísticas, le cubría el cráneo bajo una ancha capota de terciopelo negro, cuyas cintas llevaba anudadas bajo la barba; sus carrillos lácidos como bolsas de grasa, caían á uno y otro lado de su boca hacia la cual se inclinaba la nariz tendiendo á formar un semi círculo en cuyo fondo se fruncían los labios despojados ya de todos los encantos, frescuras y matices juveniles.

Durante largo rato permanecieron silenciosos cruzándose sus miradas sin que despertaran en ellos la menor idea ni la más leve emoción. Eran dos despojos de la vida á los cuales la edad había amortiguado hasta la potencia de la esperanza y cada uno de ellos volvía sus miradas á lo pasado sin interés por lo presente y con miedo de lo futuro.

Así permanecieron más de una hora sin dirigirse la palabra hasta que á ella se le cayó al suelo la «Guía» que él se apresuró á recoger y á ofrecerle galantemente recibiendo como premio una cortés sonrisa de su compañera de viaje.

Una vez roto el hielo de su indiferencia con aquella breve comunicación de su mútua cortesía, se entablaron entre ellos ciertas preguntas y respuestas vulgares con motivo del viaje, hasta que abierta la confianza á cierta cortés intimidad que en estos casos suele establecerse, supieron ambos que se dirigían á Barcelona y que ella había de detenerse dos ó tres días en Zaragoza.

—Muchos recuerdos tiene para mi Zaragoza, —replicó él.

—¿Es usted aragonés? —preguntó ella.

—Sí, señora.

—Somos, pues, paisanos; pero yo hace muchos años que falto de aquella ciudad.

—También yo, señora, y no quisiera volver por que me recuerda uno de los sucesos más tristes de mi vida. Siendo yo mozo me enamoré de una muchacha que era la ambición y el anhelo de toda la juventud zaragozana de mi tiempo. Traíanos revueltos con su gracia y con su donaire á casi todos los pollos de mi edad. Entre sus admiradores los más apasionados éramos un compañero mío de estudios

PLAYERAS

*No ensaños en la playa
las postorvillas...*

Mi amigo D. Casimiro está en sus glorias cuando llega el mes de agosto; á pesar de los sesenta eneros que guarda bajo su artístico *bisoñé*, conserva juveniles ilusiones y parece que se remoja en cuanto el verano se aproxima.

Hombre rico, solterón y de buen humor, dedica el verano á recorrer playas.

Pero no crean ustedes que el famoso D. Casimiro se remoja el cutis, ni mucho menos; hombre práctico, se atiene al adagio que dice:

de cincuenta para arriba
no te mojes la barriga.



Ni toma en serio eso de que en los puntos de veraneo se siente fresco por efecto de la temperatura primaveral que en ellos *reina*; ya sabe él que eso es *pura leyenda* y que para achicharrarse en el mes de agosto todos los sitios son buenos.

Tampoco veranea por rendir homenaje á la *moda*, esa diosa casquivana que arruina á media humanidad y hace morir á la otra media de rabia y desesperación.

D. Casimiro en sus excursiones de playa en playa, se dedica á un *sport* que no carece de originalidad.

Provisto de magníficos anteojos marinos y soberbia cámara fotográfica, entrégase en cuerpo y alma á la contemplación y el recogimiento. Es decir: á admirar cuerpos de mujeres bonitas y á impresionar placas, que luego colecciona con exquisito esmero en artísticos álbums.

Ver una hembra de buen palmito en vistoso y encantador traje de baño, asestarle el anteojo y disparar la máquina, todo, para mi amigo es cosa de medio segundo.

¡Y es admirable la colección fotográfica de mujeres hermosas que tiene en su casa!

Aquel es su *harem*, —como él dice;— no conoce á ninguna, ni sabe como se llaman, pero ¿qué importa? Precisamente ese misterio reviste de mayor encanto su *sport* y realza á mis ojos el mérito de aquellas buenas mozas.

El mes de agosto lo pasa en San Sebastian; por la mañana á la playa, por la tarde á los tercios, cuando hay corrida, y por la noche al casino. Eso le cuesta muchos miles de duros, pero... ¡se divierte la mar!

Salvo algunas quiebras propias del *oficio*, que suelen traducirse en aventuras poco agradables.

Como la que le ocurrió el año pasado en la Concha.

Entró en el mar una mujer joven, alta, morena, de ojos grandes, negros y expresivos, pelo azabachado y plasticidad exuberante; ases tóla mi amigo el anteojo y exclamando: —¡Dislocante! ¡Ideal!—Se dispuso á disparar la máquina, cuando hacia *salva la parte*, sintió un golpe formidable que le hizo rodar, estropeándole de paso los instrumentos.

Al mismo tiempo, una voz estentórea le gritaba:

—¡Imbécil! ¡Canalla! ¡Sinvergüenza!...

Y vió que un hombre formidable, sentó sobre su pecho las rodillas, y con el puño cerrado comenzó á golpear sus mejillas, como quien descarga martillazos sobre un yunque.

D. Casimiro aguantó aquel chaparrón de puñetazos sin poder moverse, porque su apaleador lo tenía entre las piernas como agarrotado.

La fiera continuaba rugiendo:

—¡Toma! ¡Viejo verde! ¡Cinico! ¡Para que mires lo que no te importa!

Algunos dientes de D. Casimiro saltaron de sus alvéolos y el *bisoñé* lanzado con violencia á larga distancia, dejó al descubierto el cráneo pelado de mi pobre amigo, quien, por efecto de la sorpresa y el aporreamiento perdió el sentido.



Cuando el agresor húboselo cansado de golpearle, D. Casimiro *voleó en sí* y con tono suplicante dijo a su enemigo:

—¡Basta, hombre, basta! ¡Deje usted que me levante y hablaremos!

—¡Ah! Es usted bravo ¿eh? Bueno, hombre, bueno. ¡Levántese usted, sinvergüenza!

Y con un tirón formidable, por efecto del cual poco faltó para que le arrancara un brazo, hizo aque! enérgumelo que D. Casimiro se levantase.

—Ahora, yo le ruego que me diga, los motivos que le han impulsado á cometer este atropello conmigo.

—Atropello ¿eh? ¡Sepa usted que soy el marido de aquella mujer!

Y señalaba á la morena que tanto entusiasmo al agredido cuando se dirigía al baño.

—Perdone usted. Yo no sabía...

—¡Veo que no es tan fiero el león como lo pintan! ¿Era eso lo que quería usted que habláramos? ¡Me pide usted perdón después que le he roto las muelas á puñetazos! ¡Es usted tan cobarde como sinvergüenza!

Y haciendo un gesto despreciativo, le escupió en la cara y se alejó tranquilamente del campo de batalla.

D. Casimiro con estóica resignación, se limpió el rostro con el pañuelo, recogió el bisofé, cubriendo con él su enorme calva y con el anteojo y la máquina hechos trizas, bajo el brazo, mohino y cariacontecido, se retiró, entre la rechifla de los que desde lejos habían presenciado escena tan divertida.

¡Pobre amigo mío!

La noche de aquel día soñó, con su apaleador y nuevamente sintióse aporreado y maltrecho, despertando á media noche, preso de horrible pesadilla.

—¡Socorro! ¡Qué me mata esta fiera! ¡Favor!—diose á gritar el infeliz, creyéndose realmente víctima de las iras de un marido irritado.

Se alborotó la casa, los huéspedes saltaron de las respectivas camas para saber lo que ocurría y todos en paños menores, sin recato, ni pudor, ellas y ellos, lanzáronse á los pasillos.

D. Casimiro, sin alientos para encender luz, quiso correr; y con el atolondramiento propio de la situación, enredóse con las ropas de la cama y dió en el suelo tan tremendo porrazo, que retembló el edificio.

—¡Aquí! ¡Socorro! ¡Qué me matan!—continuaba gritando el infeliz con voz angustiosa.

—¡Abra usted!—le decían desde fuera.

—No puedo, me tiene sujeto. ¡Corran ustedes por Dios!

—¡Aquí se está cometiendo un crimen horrible!



—¡Llamad á la autoridad!

—¡Derribemos la puerta!

—¡So... co... rro!—exclamó D. Casimiro con voz apagada.

—¡Corriendo! ¡Un hacha! ¡Un martillo!

Transcurrieron unos instantes de angustioso silencio.

Dentro del cuarto, nada se oía.

—No se oye á ese pobre señor.

—Ya estará muerto.

—Pero el asesino...

—¡Habrá saltado por el balcón!

—¡Aquí está el hacha.

Derribada la puerta, se precipitaron todos en la habitación.

El cuadro que se ofrecía á la luz de las bujías conducidas por algunos criados, era encantador.

Hombres y mujeres de todas edades y gerarquías, en paños menores, rodeaban el cuerpo de D. Casimiro que yacía, sin movimiento, al lado de la cama, cuyas ropas estaban horriblemente desordenadas.

—No se vé sangre.

—¡D. Casimiro!

Un formidable ronquido que lanzó el asandereado huésped, hizo á todos comprender de lo que se trataba, y mientras dos camareros *izaron* al lecho el pesado volúmen de nuestro sesentón, unos riendo y otros refunfuñando, los alarmados vecinos desfilaron en busca de sus respectivas habitaciones; y don

Casimiro continuó roncando á más y mejor, sin darse cuenta de lo que había ocurrido y de la alarma que su molimiento produjera.

¿Qué sí ha escarmentado mi amigo?

Ayer me enseñó un anteojo más potente que el destrozado y una cámara mayor que la otra, diciéndome:

—Si quiere usted algo para San Sebastián, mañana me voy.

LUIS FALCATO



SUCESO EXTRAÑO EN BARCELONA

En virtud de una confidencia recibida por la policía personóse esta, la noche del 23, en la casa n.º 51 de la calle de la Salud, barriada de San Gervasio, cuya vista acompañamos, encontrando encerrada en una oscura habitación y en medio de la más horrible inmundicia á una infeliz joven, llamada Mercedes Ferrán, hijastra de D.ª Javiera Eimerich, con la cual vivía en el piso primero de dicha casa.

En el piso bajo vivía una hija de D.ª Javiera Eimerich con su marido y cuatro niños, hijos de este matrimonio.

Como ha resultado comprobado que ambas familias no se trataban, las únicas personas que han quedado detenidas son D.ª Javiera y su hija.

Al ser éstas trasladadas desde la tenencia de alcaldía de San Gervasio al palacio de Justicia, un numeroso grupo de mujeres y chiquillos silbó y arrojó piedras sobre el coche que las conducía.

Parece, según algunos, que Mercedes es una pobre imbécil que ha intentado dos veces suicidarse, y que tenía la monomanía de no salir de la habitación en que ha sido encontrada.

También se dice que hace ya algún tiempo la madrastra consultó con el banquero Sr. Vilalta que haría con una muchacha loca que tenía en su casa. El Sr. Vilalta le aconsejó que la encerraran en un manicomio, á lo cual se negó la madrastra, diciéndole que su marido, antes de morir, se la había recomendado mucho.

Sea como fuere, algunos periódicos han dado á este suceso exageradísimas proporciones, siendo muchas las personas que no creen tenga el asunto la importancia que se le ha querido dar, por triste, doloroso y sensacional que sea lo ocurrido.

A la hora que escribimos estas líneas no puede decirse nada con seguridad, pero la versión más generalizada es que se trata de una joven que, como decimos más arriba, tiene más ó menos perturbadas las facultades intelectuales y de una madre, ó mejor dicho, madrastra, que *la dejó allí*, por ignorancia, indiferencia ó desidia, sin cuidar gran cosa de sus comodidades ó simplemente de su higiene. En suma, interioridades de familia, que habiendo comenzado en un principio con las desaforadas proporciones que da á veces la prensa á las cosas más insignificantes han venido á parar en un *ridiculus*

mus. La *bêtise* popular se arrojó con voracidad sobre la pretendida novelesca aventura, refocillándose ya con una segunda *secuestrada de Poitiers*, pero, al parecer, todo quedará reducido á agua de cerrijas.

Afortunadamente volveremos pronto á tener noticias de Cecilia, hasta que llegado el otoño, no haya necesidad ya de entretener á los lectores con *amenidades* por el estilo, refugio del interés en verano.

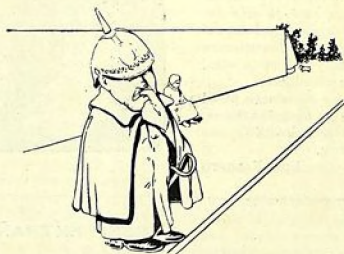


UN FAVOR Y UN DISFAVOR

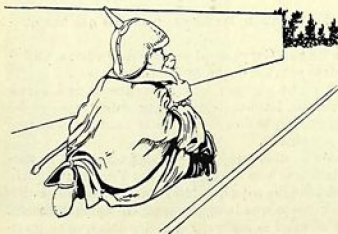
HISTORIETA POR KARIKATO



—¡Anda! Aquel teniente con gorro de cuartel por la calle.



—Voy hacerle un favor, y decirle, que se le ha olvidado la teresiana.



... y él, quien sabe, si será *agradecido* y me dará una bucuca propina.



—Mi teniente! ¡Mi teniente! ¡A la orden de usted! ¿Se ha fijao que lleva el gorro puesto?



—¡Grosero! ¡Mal educado! ¡Sinvergüenza! ¿Qué se ha creído usted de mí?



—¡Redica! En toó lo que me queda de vida vuelvo yo hacer más favores.



VERANO

Por fin llegaron las calificadas por Silvela de *imperirosas vacaciones*, que serán muy imperiosas para su excelencia, pero no para la inmensa mayoría de los mortales. Y así se habla, y así se gobierna en este venturoso país de los ministros *lupones*.

Es el tiempo de las horchaterías, los baños de mar, con ó sin calabazas, las aguas minerales y las aguas tibias, como no sean *frappés*. La vida se traslada del centro á la periferie y de la periferie al centro; salen á *provincianear* las compañías madrileñas, y van á Madrid las compañías de provincias; pero en punto á compañías que hagan su agosto ningunas como las de los ferrocarriles.

Es también el tiempo de los disfraces, por lo cual suelen á cualquiera darle el pego por esas fondas, manantiales y playas de Dios. Hay quien parece un príncipe ruso y resulta un honrado tendero de ultramarinos, y más de una comadrona ha logrado hacer creer que era accionista de primera clase del Banco de España, según lo lujoso de su traje y lo caro de su hospedaje en el hotel.

Dicen algunos que el verano es barato, pero eso es una calumnia; no se gana bastante para lavado, planchado, limpiebotas y tranvía. Lo que se economiza en luz se gasta en refrescos *imperirosos*, y los granizados absorben las cantidades ahorradas en petróleo.

Los médicos de fama dejan de funcionar, y lo mismo las modistas y sastres del mundo elegante; algunos y algunos, sin embargo, no lo hacen por gusto sino que *salen á perseguir á los clientes* que se han olvidado de saldar la cuenta.

Es la estación esperada con ansia por muchos padres para ver si consiguen pescar ó cazar novios para sus pimpollos, y sucede con frecuencia que aciertan, pero ¡ay en cuanto llega el invierno, porque entonces es cuando se cae de su burro la encanta víctima!

Los periódicos pasan las de Cain para llenar sus columnas, y los políticos hacen *campañas* que al llegar el otoño resultan absolutamente olvidadas. Pero lo que dirán ellos:

—¿Y lo que hemos charlado?

En fin, no hay más remedio que apechugar con el calor, y no vamos á impedir que lo haga por más que protestemos.

JULIO MONTEVERDE



LA GUARDIA CIVIL

Creado este cuerpo, durante el reinado de Isabel II, á estilo de la gendarmería francesa, fueron tantos y tan importantes los servicios prestados, tan frecuentes los rasgos de heroísmo de sus individuos y tan evidente la utilidad de su institución que alcanzó en brevísimo término inmensa popularidad, siendo desde entonces terror del criminal, descanso del hombre de bien y esperanza del que se ve en terrible apuro por las plagas de la naturaleza ó es víctima de las catástrofes que á menudo acontecen en la sociedad. Así, en cuanto sobrevienen inundaciones, incendios, terremotos, etc., todos esperan, y raras veces en vano, el auxilio de los guardias, que con sin igual denuedo exponen sus vidas por salvar las de sus semejantes.



El viajero que, encajonado en una mala diligencia, recorre horas y horas la polvorienta carretera, por en medio de un desolado ó á través de espesos bosques, siente renacer su ánimo al divisar á lo lejos la marcial pareja, que recorre de día y de noche los caminos, lo mismo en las frías madrugadas del invierno que en las ardorosas siestas del estío, lo mismo hollando la congelada nieve que hundidos los pies en el polvo asfixiante de la abrasada tierra.

El criminal huye desprovisto al tener indicios de su proximidad; el amenazado cortijero lanza un grito de alegría al ver surgir el sombrero del guardia civil por entre los árboles ó en lo alto de una roca.

Todos descansan en su lealtad, en su valor, en su pericia; gente escogida, religión estrechísima hecha de ciega obediencia y de abnegación incondicional forma en nuestra sociedad como en nuestra policía judicial á modo de un oasis de honradez é incorruptibi-

lidad, y á buen seguro que la inmensa mayoría de los españoles no tendrían inconveniente alguno en conceder á la guardia civil atribuciones para castigar según su conciencia, sin necesidad de formación de causa. Murmúrase, aunque sin fundamento, que alguna vez lo ha hecho, como en tiempos de D. Nicolás María Rivero y á propósito de los secuestradores de Andalucía, pero la verdad es que á nadie le pareció mal, ya fuese que se escapasen tantos bandidos como decían los partes, ya se debiese á instrucciones reservadas.

No solamente la guardia civil conserva inmaculado su prestigio, sino que los incesantes servicios que presta lo aumentan de cada día más, á pesar de las campañas que algunos se han propuesto hacer contra ella. Váyasele á hablar mal de la guardia civil al pobre traginero, al humilde labrador, al laborioso cortijero, al vecino de lugar que solo cuenta con aquellos para defensa de su vida y de sus intereses, y á buen seguro que poseídos de indignación protestarán de tales ataques y dirán que sin la guardia civil no les sería posible vivir tranquilos.

De ahí que en todas partes sean acogidos con efusión: en ventas y paradores lo mismo que en las casas y alquerías: con ellos va el orden social, la paz, el auxilio, la seguridad de las vidas y los bienes. ¡Bienhaya, pues, la BENEMÉRITA y bienhaya el momento en que se procedió á su creación!

JULIO CARRIÓN

Con
los señ
res el
album

Esta
tomo
página
mo, y
insign
dernos
la últi
y la a
traduc
y pulc
el orig
Hast
siguie

El a
Carlos
Ma
L. Jac
El t
vensor
El
por L.
Orsc
El P
Las
nio He
La a
lio Pe
Par
nistr
za de

PEPITORIA

SENTENCIA DOCTRINAL por Novejarque

(JEROGLÍFICO)



Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 31.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.

Magdalena la Mendiga, por L. Jacolliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jacolliot.

Orso, por Enrique Syenkewicz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.

Las lágrimas de Juana, por Arsenio Houssaye.

La necesidad del crimen, por Julio Perrin.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

JEROGLÍFICO

LA LA MARGARITA

ROSA NACEN

VERA
PRIMA

Y DO YO
TO MA

E. BERNABEU TORREGROSA

ALGUNAS FLORES

LOGOGRIPO

CLAVE

1-2-3-4-5-6-7-8-9-10

P 8-6-4-5-9-3-8-6-7-10

P 5-4-3-10-6-5-2-3-5

H 10-2-7-8-6-4-3-5

J 5-1-3-6-7-10

G 8-2-5-6-3-10

P 8-10-6-3-5

L 3-2-3-10

L 3-4

9-5-2-G-5-2-3-7-5

1-5-9-8-L-3-5

8-4-1-5-B-3-10-4-5

D 5-L-3-5

V 3-10-L-8-7-5

G 3-2-5-4-10-L

6-5-2-1-3-4-10

5-1-5-7-3-5

9-3-9-10-4-5

2-10-4-5

3-2-3-4

La clave es el nombre de una FLOR, y sustituyendo los números por su letra correspondiente se lee:

rá (en unión de las que hay) en líneas horizontales, los nombres de otras FLORES.

NOVEJARQUE

CHARADA

Letra la primera es,
Una-do letra también
Otra letra lo es la tres
Y en el cuarto con el todo
Paseando estuve ayer.]

Las soluciones en el próximo número

En punto á los callicidas es inútil discutir;
no hay ninguno que supere al del gran LADIVONSIM.

SOLUCION

á los pasatiempos del número anterior

Acertijo.—

CASTRO URDIALES-ENTRAMBAGUAS

(Dos pueblos de Santander)

Distracción criptográfica.—

TIERNÓ

4 1 1 1 1 2

TINTORETTO

Jeroglífico.—Tras la borrachera, viene el crimen.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

F. J. R.—Toledo.—El cuento es precioso, é irá como usted desea.

M. C.—Madrid.—Non ragghionam di lor... Estoy de esa Marlott hasta la corouilla, y me revienta que se hable tanto de ella. Por lo tanto «u artículo ha ido á la hoguera en que arden quincenalmente los trabajos no publicables.

JEROGLÍFICO, por Novejarque,



RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * QUIENTE SE OMO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO MONTAÑA DE LUCHA, PLAZA DE TETUÁN, 50.-BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

FRANCIA



INFANTERÍA: TAMBOR DE LÍNEA